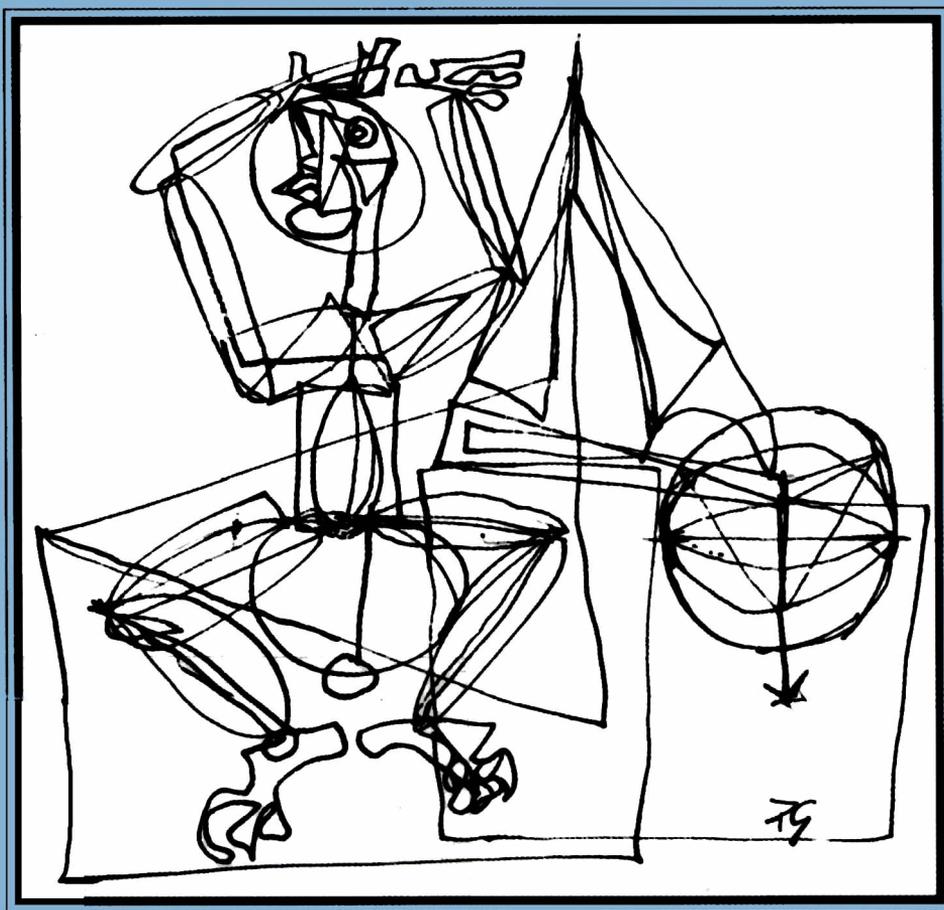


Abril, tu cuerpo amado

Poemario



CIRIACO LANDOLFI





Abril, tu cuerpo amado



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

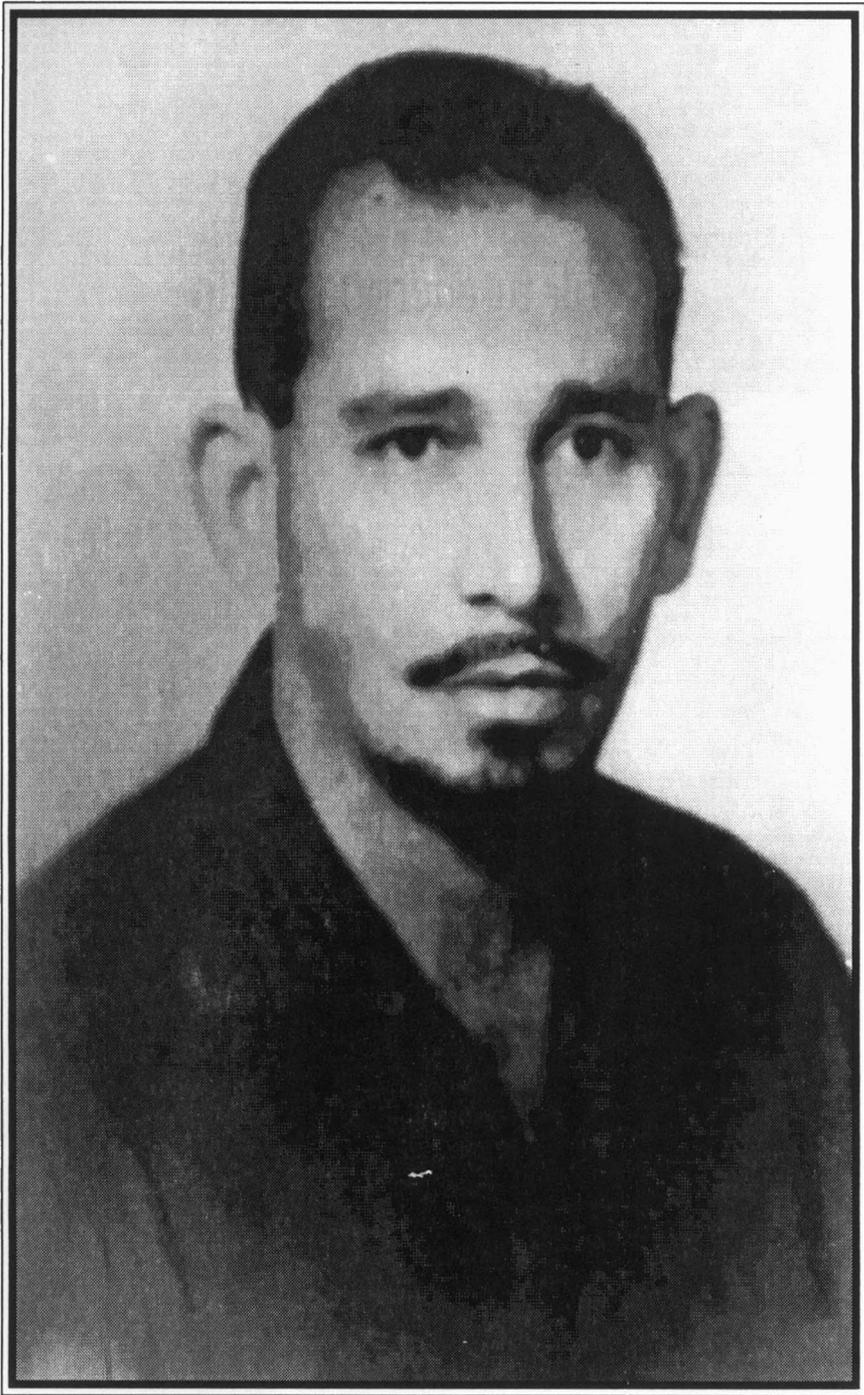


Foto del autor. New York, enero de 1961



CIRIACO LANDOLFI

Abril, tu cuerpo amado



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Santo Domingo, D. N.
2005

TÍTULO DE LA PUBLICACIÓN:
Abril, tu cuerpo amado

AUTOR:
Ciriaco Landolfi

EDICIÓN:
Diciembre, 2005

ILUSTRACIÓN DE PORTADA:
Paul Giudiceli

DISEÑO DE PORTADA:
Eric Simó

CUIDADO DE LA EDICIÓN:
Tomás Castro Burdiez

DISEÑO Y ARTE FINAL:
Eric Simó para Editora Ciguapa

IMPRESIÓN:
Editora Corripio

Derechos de autor reservados de acuerdo a la ley.

ISBN 99934-55-92

Impreso en República Dominicana / Printed in the Dominican Republic



*En el cuadragésimo aniversario de la
Revolución de Abril de 1965*

*En memoria y homenaje de todos los caídos en la Revolución de Abril
de 1965 defendiendo la soberanía nacional con heroísmo legendario.*

*En memoria y homenaje de don Juan Bosch, amigo admirado, astro de
las letras hispanoamericanas y prócer civil de talla monumental en la
Historia Dominicana. Y aún más allá.*





Índice

Umbral.....	11
Abril, tu cuerpo amado	15
Abril en cueros	30
Canción desparramada	40
Abril, tu comandante.....	54
Abril, ¿cometa errante?	64





Umbral

Toda obra poética está liberada de la argucia cunicular. No necesita argumentación ni credenciales. Sin embargo, esta es la segunda vez que cometo deliberadamente ese desliz. La primera fue en ocasión de la publicación de *Fugas para Pablocordio* con el mecenazgo de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, en 1977, cuando se me fue la mano al explicar el instrumento inventado y la razón musical aplicados en contextos biográficos de los titanes del arte del siglo XX, Neruda, Picaso y Casals, los tres de estirpe hispánica y común denominador onomástico. Fue un ardimiento presuntuoso el intento de sumar con voz isleña, dominicana, el estro de esta tierra a los artífices y las gestas artísticas más sobresalientes en las letras, la plástica y la música, de la centuria. Celebro aquel ardimiento que me llevó al delirio de pensar que sacaba la poesía insular de su terca y bienamada modestia comarcana. Confieso que aún me dura la calentura y esta obra ratifica el diagnóstico.

Lo digo de una vez: la Revolución de Abril de 1965 permanece entre nosotros como prenda en joyel, virgen intocada por la historia universal a pesar de haberle dado



la vuelta al mundo en despachos de prensa llenos de asombro ante el espectáculo increíble de la resistencia de un puñado de valientes a la embestida acorazada de la más poderosa nación de la Tierra. Una embestida feroz ordenada por la Casa Blanca con inquilino a la sazón de pocas luces. No hubo argumentos, sólo pánico de que el Pueblo Dominicano retornara al disfrute de la vía civilizada, institucional, que se había dado en 1963. Porque la Revolución de Abril apenas se propuso el retorno a la Constitucionalidad decapitada por un golpe de Estado siete meses después de haber asumido el mando presidencial el Profesor Juan Bosch, alcanzado en las elecciones más pulcras y libres celebradas hasta entonces en el país. Fue un crimen de lesa democracia hostigado por un diplomático miope que devolvió al Pueblo Dominicano a la dictadura ahora avalada por la Organización de Estados Americanos. El calabozo y el destierro sustituyeron la cuchilla homicida. Ese fue el único cambio entre el régimen de Trujillo y el Triunvirato, la figura colegiada de gobierno de facto que auspició el cuartel azuzado, asustado y narigoneado por la Embajada. Bosch se había negado radicalmente a suprimir las libertades públicas y la prédica del Presidente apuntaba cotidianamente hacia el fortalecimiento de la democracia orgánica, la de Derechos y Deberes, con el pan bajo el brazo.

La Revolución de Abril fue un tesoro de aspiraciones ciudadanas universales y como tal merece ser cantada sin concomitancias individuales. Pero hay que ir a las raíces de la configuración caracterológica del Pueblo Dominicano, mostrar su hazañosa impertérrita, convivir con su modesta grandeza, escarbar en sus pasiones, mostrar sus cica-



trices y oír a la distancia de los siglos el ruido de sus lanzas, los gritos de patria a cuestras de sus hombres y mujeres en el batallar sin tregua por conservar el legado fundacional vivamente modificado por las peripecias del aislamiento y la soledad, la dejadez de la Metrópoli y su quehacer de montería, el ardite de su supervivencia por más de tres siglos. Al fondo de ese cuadro remolonea un orgullo de autenticidad inagotable.

Con la Constitución de 1963 llegamos los dominicanos a saborear el fuero de los Derechos Humanos consignados con gradualidad epocal en todo el sistema constitucional del país, pero incumplidos sistemáticamente a lo largo de toda la vida republicana con paréntesis breves y pocos. Con Juan Bosch en el Palacio Nacional fue credo imperturbable de la acción oficial el respeto absoluto a esos Derechos. Cosa curiosa, singularísima talvez, el eminente escritor y político regresó del exilio de varios lustros consecutivos y en un abrir y cerrar de ojos conquistó el corazón de la gente antes y después de obtener la alta investidura presidencial. Sólo así se entiende que una gestión gubernamental trunca, de escasos siete meses, se anidara en el alma popular al punto de presentar batalla al vecino todopoderoso y tutelar.

Yo estuve allí, nadie me lo contó. Vi llegar ríos humanos día tras día a la Patria de las veinte cuadras, adonde sólo le esperaban precariedades y peligros sin cuento. El mundo provinciano se apostó solidario frente al fuego insomne de los invasores. Fue un ejercicio unánime de fe en el destino soberano de la nación dominicana. Como antes, como siempre.



La reposición del Presidente Bosch en el poder fue el credo que se rezó de voz en cuello en toda la geografía nacional y la letra del texto constitucional de 1963 su eco coral. La razón misional de estos poemas escritos con la sola mención del apóstol por antonomasia, Juan Pablo Duarte, tuvo la intencionalidad –la vocación, si se quiere– de desvestir la proeza abrileña de contenido político sustrayendo sus versos de cantón y bandera partidarios. La gesta fue el término de una proceridad plural, un adalid involuntario, civilista iluminado, sobrio y honesto a carta cabal, el pecho primaveral de jóvenes constitucionalistas y el acierto y la temeridad de un militar de carrera decidido y valiente, su comandante de cabecera, quien condujo la guerra internacional con arrojo y heroísmo hacia unas paces honrosas en la mesa de las negociaciones. Sería de injusticia flagrante seleccionar nominalmente la proceridad encandilada, individualizar las jornadas episódicas todas togadas por la gloria. Además, fue mi propósito sacar del tiempo y de sus circunstancias concomitantes una hazaña de dimensión universal ya con réplicas en la agobiada humanidad que vivimos.

El dibujo a pluma de Paul Giudiceli que engalana la portada de este libro forma parte de una serie de trabajos artísticos que el desaparecido gran pintor dominicano realizó sin enterarme para una obra poética que me calentaba la cabeza y boceté en conversaciones ocasionales con él y que al fin escribí. Está en carpeta para publicación. *Confidencias de la Sangre y el Viento*, su título, tendrá el soporte de las restantes ilustraciones del arista genial, 18 en total. Avanzo la materia entrañable de ese poemario: una saga de la historia dominicana tejida en rizos sonoros.



Abril, tu cuerpo amado

Es el país marítimo
enclaustrado
entre escuadras y escualos
con olas a los lados
y toldo de sol bravo
que duerme por las noches
con luceros alados,
donde la gente sabe
a caramelo
y naufraga sobre
el acantilado.
Copa de sinsabores de roca
repujada
donde su gente bebe
cundeamor macerado
y hace gimnasia loca
con suelos a ilusiones
en columpios colgados
de pájaros salados.
Tierra abrupta, angosta,



de cuidado,
con gentes inventadas
con salitre dorado
y piel de calamares
altivas como palmas,
como si fueran suyas
la vastedad del águila
y el mundo de las aguas,
como si no supieran
que el tiburón habita
su frontera salada.
Sardinas parejeras.
Sonámbulas con alas.



El nosotros que somos
madruga en las cañadas,
habita en las montañas,
se riega en las ciudades
como lluvia cansada.

El nosotros que somos
repara sus hazañas
con estertor de tribu
amenazada,
reza una antigua pasión
samaritana
y arremete molinos
con las manos peladas.
Cayado de andadura
y esperanza.



Somos gente de ámbar
a veces holgazana
que escurre su pasar
carne con carne,
que despierta a la orilla
de la desesperanza
porque todo lo quiere,
por poco que lo gana.
Por lo poco que deja
su ser ave y montaña,
sueño y roca encimada.

Somos marinos tontos
que tememos el agua
de la alberca salada
y hacemos guiños necios
a cualquier navegante
que arribe con sus bultos
a poblar la esperanza.
No sabemos nadar,
no nos importa
si el horizonte es nuestro
por legado de anclas.
Eso al menos creemos
cuando la caña husmea
la tristeza y el hambre.
Somos un río crecido
de consejas humeantes.



Que nadie se equivoque
con nuestros trastes viejos
lastrados con querencias
de abuelos ignorados
sólo nombres
y fechas familiares.
Caminos de otros pasos caminados
que no se cansa el pie
de caminarlos.
Manigua arisca
de todas las edades.



Todo ha sido posible
en la heredad lejana de ciguapas
con los pies al revés
después de llanto y llanto
para seguir andando
un infierno de brasas.
Matronas sin mandil,
semilleros de prole
sin constancia de actas
ayudadas por negras y por blancas
en eso de parir sin comadronas
y sin esperanzas,
sobre bejucos tiernos
deshovando su sangre.



Eso somos nosotros,
un mosaico de razas
con mucho de pimienta
y de mostaza
con vocación perpetua
de migrantes
y pinta de almirantes.
De bajamar y yolas
somos los más audaces
comandantes.
No sabemos nadar,
no es importante.
La salmuera es mortaja
de absurdos navegantes.



En nuestra piel se place
la albahaca
y el cundeamor madruga
en nuestra sangre
con un fuego de ascuas
que trota por las venas
con aspas de tornado
y arrebató de cíclope
entrenado
con el ojo de ver
lo que le plazca.



Somos las cicatrices
de una pena y un ruego.
Pena de pan pequeño
y ruego de alacena.
Somos de una galaxia
que no conoce el miedo
y a veces con la muerte
caemos como el árbol
derribado,
muerto de pie y erguido
con fatuidad de dios
regocijado
con su follaje en tierra
repartido
con más sombra que antes.



Hay que decirlo siempre,
mejor a cada rato,
que somos la mixtura
de café y aguardiente
con azúcares pardos
y canela
con zurrapa de nácares
tostados.
Delirio de colores
y sahumeros
con vara de pescar
en los anhelos
y andamos o nos llevan
por donde el viento dice
églogas y pañuelos
indemnes al percance,
usuarios del ensalmo,
único encantamiento que da miedo
a la muerte.



Siempre fue así.
Jamás hemos cambiado
y sin mirar atrás
repetimos comillas
en el texto sagrado
del combate.
Un mundo de dureza
crió el imaginario
de una grey de pastores
que jugaba a escondidas
con puercos cimarrones
y hacía trenza la crin
de caballos salvajes.
Extraña partitura
de un bestiario solemne
en cantata a capela
de valor y coraje.



Somos indescifrables.
Inventamos la calma
si hacemos la batalla
con féferes humeantes
al intruso que llega
a despojarnos
y hacemos los calderos
con el plomo restante
con el mismo entusiasmo
de jugar a la suerte
por unos ojos negros
y unas caderas anchas.



Geográfica peonada
de un dios ensimismado
sobre la tierra grande,
isleña musaraña
para imperios gigantes
con hordas de soldados.
Los pusimos de vuelta
a sus propios lugres
con machetes y lanzas
y podremos con risas
sus afanes.
Somos pueblo pequeño simple
como la mano
parado en la tierra
sin cuidado.
Pero con fuego y lava
atesorados.
Como los volcanes.



Transeúntes de toda la pobreza
ninguna privación
nos fue extraña
en centurias de Patria
comenzada
juntando las dos caras
del planeta.
Hijos inadvertidos de la gracia
terrestre
somos fécula ardiente
de raíces
y suma de salitre
y de vaguadas
bautizados con gotas
de aguardiente.



En una Patria angosta surta
en el remolino
de rutas y huracanes
el tiempo cuando llega,
el tiempo de contarse,
llega para quedarse
con amnesias cabales.
Mochila agujereada,
vertedero de años
con verdades salteadas
y olvidos ancestrales.
Suma de piedras grandes
y llagas sin curarse.
Río de meses contados
para saber sus tiempos agotados,
unos con fechas altas,
calendáricas cumbres
ricas en pedestales,
otros con fechas bajas
de charco y lodazales.
Éramos un Febrero
deslumbrante
y un Agosto prendido
de brillantes
Un Septiembre nefando.
Abril tocó a las puertas
de la Casa de Duarte.
Le abrió su Comandante.

24 de abril, 2003



Abril en cueros

No es para celebrarte
o condenarte
Abril desconocido
antes de ser un horno
de valientes.
Abril para contarte
hay que hacer antesalas
a tu estancia de fechas
sin ninguna ilusión
antes de gesta
y auscultar en el suelo
de la Patria
los tumbos de los pasos
de la vida
sin una cacerola bienvenida
con algo de sustento
y esperanza,
báculo de pobreza recibido
de un lejano legado
de arrogancia.
Abril desnudo entonces
con alma de tristeza.



Carga de intensidad
desconocida
el afán de buscar
la fe perdida,
la provisión modesta
de la vida,
la libertad en ascuas,
perseguida,
la dignidad hincada,
de rodillas.
Abril, tu cuerpo amado
antes de ser bengalas
y combates.



Eso es. Hay que volver
atrás
a recoger las lágrimas
vertidas
en un septiembre negro
repartidas
para entender la sangre
derramada
y escribir el silencio
convenido
con las venas abiertas
de ese llanto.
Abril desconocido
silenciado,
si al llanto no te basta
escribe tus razones
con vino de bendecir
en el combate,
el que guarda la tierra
en su regazo
y a veces la embaraza.
Parto de comandantes.



Abril no fue retablo
de aprendices
del fuego
ni plaza sublevada
de aventurera y turbia
comandancia.
Abril fue una esperanza
antes de ser prodigio
en alpargatas
desafiando el poder
omnipotente
y a su inmensa tenaza
incandescente,
con patricio delirio
de privanza,
de amar lo malquerido
a los poderes fácticos:
el voto soberano ya emitido,
libérrimo,
contado, transparente,
y a su bastón de mando
consagrado,
la Ley Constitucional,
báculo para el camino
comenzado.
El tesoro robado
con taconeo de brutos
y tratos de marchantes.
Conjura de rufianes
y ladinos
avenidos
con una Casa Blanca.



Abril de mocedad,
ingenuo, inadvertido
en quienes apostaron
a la Patria
de antemano vencidos
por la ecuación del fuego
repartido.
¡Y no fueron vencidos!
La máquina infernal,
su mecánica fuerza arrolladora
se atascó
a las orillas
de una frontera heroica
concebida
con los pechos desnudos
de la vida.
¡Y no fueron rendidos!
Y se tornó de paz
el maleficio.
Abril en cueros,
carne de martirio.



La mesa de las paces
fue provista
con un manjar de pares
exquisito:
una paz sin vencidos.
Desenvoltura alegre
de la vida
dejando atrás el ruido
de la guerra
con el alma de todos
recostada
sobre un poyo de luz
que despuntaba
donde crujió sin tregua
la alambrada.



No fue la paz regalo
ni reservó la espalda
de la parte más débil
de las paces
al artero puñal
del ocupante.
Regalo fue estampar
en lo pactado
el fin de un fratricidio
cuando del otro lado
de la guerra
una armada invencible
nos circuía de muerte
los costados
sin excluir el mar,
sin descontar el cielo,
que los peces, las aves
también fueron cercados.



A pesar del rugido
de las armas
y la mole de tropas
imponente
no se arredró
la ardiente primavera
ni desertó con miedo
su paloma,
blanca paloma brava
transformada
en águila guerrera
con luces en las garras
y misional empeño
de frontera.



Para lanzar la guerra
contra la democracia
recontrada,
la legión extranjera
habilitada
por órgano enfermizo
o de quimera
con sombrilla puntual
americana,
hizo mutis de tinta
y de papel,
la paz firmada,
para seguir la guerra
a su manera,
sin descorchar su sangre,
celebrando la nuestra
derramada
en calles desoladas
y emboscadas.
Abril en cueros
¿cuál fue tu pecado?



La guitarra de paz
prestó sus cuerdas
para ahorcar otra vez
la primavera.
El ángel de la paz
perdió su vuelo
con la paloma blanca
ejecutada.
La legión extranjera
de bayoneta en punto
acicalada
montó sobre cureñas
aceitadas
la república amarga,
azucarera,
la conocida vieja tarambana
siempre con tiempo muerto,
ahora con cementerios
refundada.
¡Cuánto has andado Abril
para encontrar tus muertos
y pintar en sus tumbas
la bandera!



Canción desparramada

Para contarte Abril
habrá que santiguarse
y orar por la sangre
derramada
sólo por andariega
de sueños e ideales,
congénita pasión
de madrigales,
novia de manantiales,
seca en las azoteas
con pinta de manzanas
machacadas
y con yodo de mar
casi dorada.
Indeleble canción desparramada.
Tus verdades Abril
de piel hollada
son para tendederas
siderales,
cruzacalles astrales,



galáxicos prontuarios
de Derechos Humanos
visibles más allá de lo habitado
donde quizás no lleguen
los misiles,
sus manadas letales,
vecindarios volantes
de la muerte.

Abril,
lo que quisiste
con leyes y soldados
antes de ser comandos
de valientes
vecinos de la muerte.

Leva de Trinitarios
reclutados
del mismo vientre
que alumbró
al soldado,
fueron tus comandantes,
héroes anticipados
con tatuaje de Patria
en cada frente.

Abril lo que quisiste
con palmadas y cantos:
la mesa puesta con dignidad
de pares
para todo el universo
ciudadano,
la justicia vendada



y cada quien un grifo
de libertad civil regocijada.
Todos los habitantes
cogidos
de las manos
en una ruta hermosa
y miel a discreción
en cada boca.
Y petición de la divina
gracia
para paliar reveses
y pesares.
Apacible retablo
de esperanza.



Pueblo de pocas letras
y ollas sin brasas
apenas reclamó su ley
de pares
escuetamente escrita
con verdades.
Vivero de la luz
que marchitó de un tajo
el cuartelazo.
Aquelarre de alevés
generales.
La Ley Fundamental
desvertebrada,
desconocido el voto
sufragado.
Umbral de mocedad encañonado.
Patria otra vez de llanto.
La democracia apenas balbucía
sus textos iniciales,
apenas estrenaba su andadura
de niño vacilante,
los pormenores
de su fantasía,
cuando fueron cercados
sus heraldos
con ruido de tacones
arrogantes
y zafarrancho
de fusilería.
Réquiem y funerales.



La bahía de la luz
secó al instante.
El sueño de libertad
perdió su alero
y la esperanza recogió
su hamaca
insomne y vigilante.



Unánime pasión de manantiales
Abril fue tu recado
con incesantes sonos
de alegría,
el de las linfas claras
de la Patria
gozosa, alebrescada,
con ufanía de fuente
recobrada.
Arroyo inusitado
regresando las aguas
a sus cauces
con alma de raíces
y litúrgico clima
de bondades
guitarreando sus pasos
y rumores
con sordina de paz
en los tambores
de muchos corazones
y arenga musical
de ruisseños.
La más fragante oferta
de la vida
en la ventana azul
del mediodía,
de destellante luz
incandescente.



En letras,
la esperanza,
texto constitucional
para abortar tormentas
y huracanes
invitando a la mesa
con sus voces sociales,
inventando la paz
organizada,
la amada libertad
obedecida
por mansos y atorrantes
y el ruido satisfecho
de la vida.
Sus términos políticos
cabales.



Alborozado Abril
escarmentado
por ser el homenaje
a los ganados
por la desesperanza,
caraspintadas
con los óleos
del hambre
sin cestas que llenar
en los mercados.
Gesta civil voceada
en los balcones
antes de ser de sangre
sus jornadas.
Abril encadenado
a unas piedras solemnes
por una extraña hueste
de soldados.
Invento alucinante:
cambiar la democracia
por un corral de espanto.
Jurásico lagarto
con cola de tanques
aguerridos
y topos de bienvenida
negociando
el despojo
de la Patria, la gente,
de vivir con decoro,
con su viejo dolor entretenidas



en andas de contento.
Lo que ha ocurrido siempre
en esta tierra
cuando la libertad
alza la frente,
endereza su talle
de cautiva
y abre las alas con intención
de vuelo
luciendo una diadema
de esperanza.



Una Patria con alas
remontando las cumbres
ya soñadas
en un libro de estampas
con Duarte de portada,
fue la pasión de ángeles
tallados a luchar o morir
por su legado
cuando llegó la muerte
a todas partes.
Patricios combatientes.
Custodios de una sangre
de centauros,
fuente de comandantes.
Con libros y libretas,
lápices y panes
el sueño de muchachos
salidos al recreo
y en santiamén
formados comandantes
con macutos a cuestras
y sentencia de muerte
a su dislate:
enfrentar al mayor de los gigantes
con tiros de Cristóbal
y de máuser.
Se amerita el canto
deletreando
los sueños
de jóvenes



armados
por propia decisión
de comandantes,
sin alterar el texto
sumario
de su atrevido gasto
de esperanza:
jardineros de letras,
panaderos cabales,
guardianes soberanos
justos en el reparto
de los bienes sociales.
Es la leyenda cierta
a su epitafio.



A pesar del pesar
de los pesares
siempre serás sagrado
Abril abanderado.
Devolver a la ley
sus mandamientos
y al pueblo sus derechos
conculcados,
Abril fue tu pecado.
Abril amado,
silbo de libertad
seco en la boca
con rubor de sangre
cuando cantaban triunfo
tus soldados.



Tus verdades Abril
nadie podrá borrarlas.
Cada quien respetado.
Cada quien amasando
la levadura cierta
del trabajo,
el nervio del buen pan,
su músculo encarnado,
el cáliz del sudor
sacramentado.
Cada quien con equidad
leal organizado.
Abril, tu cuerpo amado,
idealizado.



Abril de mocedades puras
y cabales.
Plaza de realidades
contrapuestas
entre una arisca ardiente
primavera
y veloces bengalas
extranjeras
inicuas y letales.
Tus verdades Abril
son para cantata planetaria.
Aun Evangelio ausente
en los misales.
Canción desparramada
en sangre machacada.
Amén a tus lealtades.



Abril, tu comandante

Todos los años vuelves
Abril
para contarme
tus quejas
y tus cuitas.
Roce de la tristeza,
alma de siempreviva,
pasión porque se digan
tus verdades
sin parlamentos largos
ni arrogancia
en todas las aulas escolares,
sólo con tus razones
viscerales,
porque la Patria
así lo necesita
para sentirse a solas
verdadera
algo más que canción
y enredadera.



Más, mucho más que tierra
conocida
y habitada
con fronteras saladas
y terrestre
y un sueño de esperanza.



Va mucho de después
sin que se diga
que no fuiste a la guerra
fratricida
ni doblaste con pena
las rodillas
para seguir de pie
lleno de heridas
con el honor encima
sin inclinar la frente
en el combate,
sin vencer ni vencido,
con la clara victoria
de una paz entre iguales.
sin opacar la estrella
del Comandante Duarte,
Abril, tu comandante.



Tu gimnasia puntual
año tras año
vuelve otra vez
a gobernar silencios
y suspiros,
sin cánticos de niños
que te digan
que estás en la memoria
como una siempreviva
de Patria agradecida.
Coros infantiles que entonen
tus verdades
y rapsodias veraces,
música de atabales,
silbos de manantiales.
La duodécima parte
del olvido ritual
de los olvidos.
La saga de esconder
lo que ha dolido
en la insular corbeta
detenida
en medio del destino
con duendes y escondrijos
en cada corazón reproducidos
con un soldado en pie
desconocido.



Rumor de soledad
vuelve contigo
Abril entristecido
con dolorida diana
mendicante
y floreo de clarines
en pantuflas de viento
convenido
para no despertar
la gloria heroica,
la intrepidez habida,
sepultada.
Ni las aciagas horas
del combate.



Descansa en paz Abril
para contarte
sin cintillo de luto,
a la distancia,
como te ves gallardo
en lontananza
con tu sueño civil
de comandante.
O mejor, descansa,
para decirte apenas
susurrante
que en la fecha natal
de la proeza
de tus flechas y lanzas,
el sol nace triunfante,
palio de luz inmensa,
cobijo transparente
de azul, de marinero,
de blanco reluciente
y rojo borbotante,
incandescente.
Boceto imaginario
de bandera
con el rostro de Duarte
en El Baluarte
con chamarra civil
de comandante.



Hablemos más de Duarte
ese Juan Pablo triste
en el retrato,
con levita y bastón
de caballero en viaje
permanente.
El icono sagrado conocido
como si hubiera sido
un ángel encarnado
sin sudor en sus manos
ni puñales de penas
en la frente.
Ángel de otra galaxia,
de otro cielo,
limpio como lucero,
y no carne de sueño
repassado
sin alcanzar la gloria
del combate.
Quizás paloma altiva
que desolló la hueste
de centauros
de toscas charreteras
montaraces,
los hijos de su sueño
de soldado,
los que no recortó
de vientre amado,
los patricios con fuego
consagrados
en el trance feroz
de los combates.



Esos monteros toscos
que hicieron la república
en instantes,
los hijos bienamados
de Juan Pablo Duarte,
los dueños en los espacios
de la Patria
ganados a la muerte
con la bandera a trote
y el corazón en reto
de no perder
el pabellón cruzado,
el trofeo de la bestia,
el alma del jinete.



Abril, Abril distante
en arquería de siglos
refugiado
con coraza y coraje
de valiente
y la brisa del mar
como doliente
porque tus muertos
con fervor se fueron
con vivas y con cantos
a una Patria cansada
de lamentos.



Descansa en paz Abril
y aguarda a la esperanza.
No tardará la hora
en que se junten
las cenizas de Duarte
con tu gesta.
Ejercicio solemne de justicia
con la verdad escueta.
Porque ese hombre
de la mirada triste
en el retrato,
el general que quiso la batalla
que le negó la suerte,
duende que irguió el andar
de nuestra gente,
fue el prócer en el frente
de la bisoña tropa
y de la gente
que aguardaba su puesto
en el combate.
Ese Juan Pablo Duarte, Abril,
tu Comandante.



Abril, ¿cometa errante?

Abril puedo contarte
comoquiera
si la palabra estalla
para surtir el grito
y estirar hasta el cielo
las voces del combate,
cáliz de la tormenta,
como sí fueran toques
de cornetas.

Mágico imaginario borbotante
que se aleja del mundo
de la gente
con prisa de saeta
y presumido ruido
de tormenta.



Abril puedo contarte
como comparsa fija
y transparente
del sideral sincrónico
entramado,
la duodécima parte
del trote de la Tierra
en torno a su planeta
comandante,
gimnasia colosal
de una constante,
de una celeste noria fulgurante.



También puedo sacarte
de la cuarta estación
del almanaque
y atesorarte solo
en un estante
vestido en atención,
de comandante.
Puedo hacer con tu gesta
una esperanza,
pajarita ligera
con cola azul y blanca
que vuele hasta la bóveda
celeste
sin transgredir
la gravedad terrestre.



Es que no quiero Abril
adocenarte
con el eco febril
de tus combates.
Quiero verte con alas
fuera de las agendas
de la gente
para encender contigo
la quimera
de verte regresar
en lo adelante
con un traje civil
de comandante.



Que es regocijo, Abril,
el de contarte
libre como mirada
descuidada
o nube que se esfuerza
en esfumarse
y la palabra invade
lo que quiera
con aire solariego
de privanza
sin trabas oficiales
ni cordajes,
ave sin timonel
en el espacio,
dueña vivaz que muere
en un instante.



Ministra liberada,
Abril,
es la palabra
y puede exagerar
con el dislate,
gimnasta alucinada,
ebria volatinera
silabeante.
Y puede hacer el canto
una escalera
y subir o bajar
cuando ella quiera.
Y puede jugar al duende
con tus quejas
o hacer un papalote
de tu guerra
más allá de la Tierra.
Microscópica gesta
de un instante,
hormiga solitaria
y presumida
con vanagloria absurda
de gigante.
O fuego en la mirilla
de distancias astrales
como estrella fugaz
desconocida
con travesía somera,
inadvertida.



O como cometa que se escapa,
que aguarda
con parquedad exacta
su retorno de gira
deslumbrante
de cabellera larga
entrometida
con luces encendidas,
sus diamantes trotantes.



Abril puede aparcarte
la palabra
en un lugar que invente
entre los astros
buscándole equilibrio
a tus verdades,
camino de equinoccios
impávidos, puntuales,
su romería perpetua
de mitades
el mundo de retén
de los mortales,
tiniebla y claridad,
el bien y el mal,
el hambre, el pan,
toda la estancia humana
dividida
en solución constante
de contrastes
tal como siempre ocurre
en la infinita casa
de los astros
sin quizás ni mañanas
de arcilla vertebrada
y atrevida.
Sin los pesares dueños
de la vida.



Abril para entenderte
hay que soltarle amarras
a la vida
y distender su espacio conocido
con pértiga de vuelo
y ruta zodiacal impertinente,
lucero comandante,
asiento cardinal
de la constancia
de una solemne luz
en la distancia
sin agotar su fuego
deslumbrante.



Abril puedo inventarte
la réplica terrestre
de un muestrario celeste,
horóscopo candente,
mudanza siempre igual
de las distancias
en órbitas puntuales
con pronóstico astral
para la suerte,
con Tauro vigilante.
Tránsito de misterio.
Luz de divertimento.
Juego para esperanzas.



Asunto de cuidado, Abril
tu asentamiento
en un libro prestado
por la suerte.
Mitad de soledad,
mitad fosforescente.
O tornaviaje fijo,
inexorable,
de un fosfórico tren
de comandantes
contigo Abril
de frente
en el volante.
Signatura veloz
de estrella muerta
o cometa que vuelve
a repetirse
con luminosa estela
de combates
en un pueblo escogido
para juntar las caras
de la Tierra
allá en la mocedad
de los arribos.
Placenta de horizontes,
parto de los caminos
que llenaron de estelas
el planeta.
Abril, ¿cometa errante?

26 de julio, 2003



Esta edición de *Abril, tu cuerpo amado*, de la autoría de Ciriaco Landolfi se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Corripio, en el mes de noviembre de 2005, en Santo Domingo, República Dominicana



Ciriaco Landolfi es conocido en el país como diplomático, historiador, ensayista, columnista, profesor universitario, etcétera. Sin embargo, poco se le conoce como poeta, a pesar de sus cuatro obras en verso ya publicadas —esta es la quinta—, los innumerables poemas y sonetos publicados en la prensa diaria y revistas y las obras poéticas que esperan el espaldarazo editorial prontas a la stampa definitiva. Se le ha supuesto miembro de la Generación del 48.

Sus primeros versos aparecieron en el desaparecido diario *La Nación*. Contaba a la sazón doce años y desde entonces hasta hoy el verso ha sido una de sus más ardientes pasiones intelectuales. Conoce su orfebrería y ha disciplinado los devaneos de su musa en el soneto y *Sonetos a dos Manos* y *Edades del Amor y otras Edades*, son testimonios. Y en lista de espera de edición está *Son Sonetos*.

No ha renunciado a la música en el verso libre y su obra inicial, *Tiempo Rasgado*, *Mar entre las manos*, lo atestigua. Se impuso la tarea de trascender el intimismo poético isleño en *Fugas para Pablocordio* y hoy en estos cantos dimensiona la Revolución de Abril de 1965 con valores universales enmarcados en las peripecias del Pueblo Dominicano.

Con la misma pasión entrañable escribió *Confidencias de la Sangre y el Viento* —saga poética de nuestro discurrir histórico— en turno de consagración editorial. Su estreno como narrador está cifrado en dos novelas en proceso de revisión final.

ISBN 99934-55-92-X

